

CARLOS DE LA TORRE ESPINOSA. *DE VELASCO A CORREA.*  
*INSURRECCIONES, POPULISMOS Y ELECCIONES EN ECUADOR, 1944-2013.*  
QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR SEDE ECUADOR /  
CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2015, 243 PP.

Se ha repetido muchas veces que el populismo es un cáncer que desvía a la democracia del camino por donde debe transitar correctamente en nuestro país. O se ha dicho que es una necesaria forma de expresión del pueblo postergado. Se ha afirmado que las elecciones son la máxima expresión de la participación popular o que constituyen una farsa orquestada por el poder. Se ha insistido, en fin, que las insurrecciones o asonadas callejeras, sobre todo las que han provocado caídas de gobiernos, constituyen censurables hechos de ruptura del régimen jurídico o mecanismos de expresión democrática directa para la revocatoria del mandato popular de quienes no lo han cumplido.

Todo eso y más se ha dicho, pero realmente se ha estudiado muy poco esas realidades sociales y políticas. Por eso es más que bienvenido el libro de Carlos de la Torre, *De Velasco a Correa. Insurrecciones, populismos y elecciones en Ecuador, 1944-2013*, editado por la Universidad Andina Simón Bolívar y la Corporación Editora Nacional como volumen 44 de su Biblioteca de Historia, un espacio que recoge significativos aportes al conocimiento del país y América Andina.

El libro se incluye en una “Biblioteca de Historia”, aunque no se trata de una obra historiográfica propiamente dicha, sino de una reflexión desde la sociología y la ciencia política sobre procesos que se han dado a lo largo de más de setenta años, desde la década de los cuarenta del siglo veinte. Estudiar el pasado no es ciertamente un monopolio de los historiadores, que necesitamos de otras miradas para enriquecer nuestros intentos de cumplir con nuestro oficio.

La obra de Carlos de la Torre no contiene una narrativa secuencial de la historia política del país en tres cuartos de una centuria. Pretende ser un estudio puntual de varios procesos electorales o de caídas de políticos que utilizaron la retórica populista para llegar al poder y gobernar. Según el autor lo indica en forma pormenorizada, sus capítulos recogen trabajos anteriores ya publicados sobre el tema enunciado. Pero no se los ha recogido uno tras de otro, sino que se los ha reelaborado para que constituyan una obra estructurada y ofrezcan a los lectores una visión comparativa sobre diversos momentos históricos.

Como el título lo sugiere, el elemento articulador del trabajo de Carlos de la Torre es la presencia del populismo. Todas las figuras políticas que se estudian con sus éxitos electorales y estrepitosas caídas, son calificados como “populistas” y a todos, pese a sus diferencias en el tiempo, el estilo político

y las coyunturas que enfrentaron, se les adjudica algunos rasgos comunes. El autor se propone, y ciertamente lo logra, establecer la gran ambigüedad de los procesos populistas que, por un lado, constituyen momentos de aceleración de la participación democrática, de ruptura con el poder oligárquico, pero que terminan por ser regímenes autoritarios y personalistas.

No es mi intención debatir la pertinencia del uso de la categoría populismo para describir y explicar varios fenómenos políticos de masas desde el velasquismo hasta el correísmo. Al cabo de años de haber sido testigo y partícipe de ese debate he llegado a la conclusión de que el término es muy poco útil para nuestra realidad porque puede ser o muy limitado o demasiado amplio, como para englobar todos o casi todas las formas de liderazgo político que se han dado. Quizá el principal problema es que nunca hemos logrado consensuar un concepto o definición. De la Torre, por ejemplo, lo considera “un discurso o una estrategia para llegar al poder y gobernar basada en la lucha moral y maniquea entre el pueblo y la oligarquía”. En este caso, la palabra no se refiere al fenómeno social y político propiamente dicho. Y no cabe duda de que el discurso y el proceso son dos realidades diversas.

Me limitaré a decir que considero que el velasquismo y correísmo, por ejemplo, se explican mejor si se los considera manifestaciones del caudillismo con que nació el Ecuador y vive hasta ahora, con una persistencia que no hemos alcanzado a explicar del todo. Los caudillos tienen rasgos propios de su momento, pero participan de características comunes. Pero no abundaré sobre este punto, porque debo comentar la obra de Carlos de la Torre, que es el experto en populismo y que ha desarrollado sus ideas al respecto en varias de sus obras. Si el término populismo es pertinente se puede discutir, pero los aportes que el autor ha hecho para explicar ese fenómeno político son consistentes. En este libro estudia siete procesos políticos en orden cronológico.

El autor analiza primero la insurrección popular contra el oprobioso régimen de Carlos Arroyo del Río en 1944, que fue capitalizada por Velasco Ibarra, quien luego de haber sido derrotado en las elecciones fraudulentas de 1940, se exiló transformándose en el “gran ausente”, llamado al poder por la “Gloriosa” revolución de mayo. De la Torre destaca la oposición entre Velasco, el caudillo popular, y Arroyo, el arrogante liberal oligarca; se pregunta cómo fue posible la unión de conservadores, liberales, socialistas y comunistas en una misma alianza, y explica el giro a la derecha de Velasco, que terminó gobernando con los conservadores y reprimiendo a la izquierda, para al fin ser derrocado por un golpe militar en 1947.

El segundo tema del libro es la contraposición entre Velasco Ibarra y Galo Plaza, que expresa el enfrentamiento entre el populismo y el liberalismo. Plaza gobernó el Ecuador entre 1948 y 1952 con un proyecto de promoción de las agroexportaciones y modernización estatal. En 1960 fue nuevamente candi-

dato y fue aparatosamente derrotado por Velasco. En esa campaña de intensa movilización y no pocos muertos, apoyado por un buen sector de la oligarquía, el caudillo se presentó como el “apóstol de los humildes y el constructor de la patria”. Plaza personificó la tolerancia política, la modernización y la apertura al mundo. Pero el pueblo votó “por intuición” y aceptó el mensaje mesiánico frente a la racionalidad capitalista, prefirió el antiimperialismo que inundaba América Latina al aliado de los yanquis, que también había sido duramente combatido por Concentración de Fuerzas Populares (CFP).

El tercer tema es el ascenso, triunfo y caída de Abdalá Bucaram, el populista que se alzó como “líder de los pobres” y terminó derrocado como “el repugnante otro” de la política nacional. El autor hace un extenso análisis de la trayectoria política de Abdalá y de los recursos que utilizó en la campaña de 1996, como las contradicciones de clase, la exaltación de su binomio (mujer e intelectual), la burla y el insulto, hasta el uso de la sexualidad y las ceremonias religiosas fundamentalistas en los actos de campaña. Estudia luego las incidencias de los meses que estuvo en la presidencia, con su estilo que convirtió al gobierno en un escenario de farándula, que le ganó el odio de los sectores medios, sobre todo de Quito. El análisis es muy rico y, aunque reconoce el peso de la movilización en la caída de Bucaram, destaca su incapacidad de consolidar alianzas con instituciones claves y el papel de las Fuerzas Armadas, que fueron nombradas árbitro del poder.

Un acápite muy interesante es el “epílogo” dedicado al regreso de Abdalá Bucaram al país en 2005, luego de la instauración de la “Pichi Corte”, que le exoneró de los cargos que pesaban en su contra. El autor establece los rasgos de ese acto, preparado como un show mediático, que regresó, según su declaración, “más loco para romper el alma a la oligarquía ecuatoriana”. La apelación al pueblo, a los pobres del Ecuador, el uso de su propia familia y de los recursos escénicos caracterizaron al hecho.

El cuarto tema se centra en el auge y caída de Lucio Gutiérrez, líder de la insurrección militar contra Mahuad, que triunfó en las elecciones de 2002. El autor refiere el tránsito del coronel desde el golpe de Estado a la Presidencia, con las incidencias de la “junta” que vivió unas pocas horas hasta que los militares reconocieron a Gustavo Noboa como presidente. Destaca la retórica populista de la campaña y los conflictos en el ejercicio del poder, en especial con sus aliados de izquierda. Hace una disección de la crisis política y de las movilizaciones, con sus actores sociales de lado y lado, comparándolas con las que derrocaron a Bucaram y Mahuad. Pone de manifiesto el hecho de que las normas y procedimientos de la democracia liberal no han sido respetados ni siquiera “por los pocos políticos que han disertado sobre las virtudes en esta forma de gobierno”.

Los tres siguientes temas se refieren a las diferentes elecciones en que triunfó Rafael Correa. Primero estudia los medios y estrategias de comuni-

cación de la “campana híbrida” de 2006, en la que se combinaron las grandes movilizaciones de masas con el uso de los más avanzados medios. Esa experiencia habría de marcar el modo de gobierno del correísmo por más de ocho años. Especial énfasis pone en el “clientelismo fallido” del Partido Renovador Institucional Acción Nacional (PRIAN), cuyo líder, Álvaro Novoa, fue derrotado repetidamente por Correa. El autor sostiene, contra muchas interpretaciones prevalecientes, que hubo desde la campaña electoral una tensión entre el proyecto colectivo y participativo de la “Revolución Ciudadana” y que “las tensiones entre la apropiación populista de la voluntad y los proyectos de la sociedad civil diversa se manifestaron en Montecristi”. Es decir que la supuesta intención ampliamente participativa que su presidente le quiso dar a la Constituyente fue derrotada con su reemplazo por decisión del caudillo. Personalmente me consta, en cambio, que allí hubo un fuerte boicot y censura contra opiniones discordantes de la izquierda. Pero respeto profundamente a quienes se han distanciado del correísmo por mantener su consecuencia con las posturas de Montecristi.

Carlos de la Torre sostiene que el régimen de Correa puede caracterizarse como “tecnopopulismo”. Discurre sobre los conceptos de populismo y tecnocracia, afirmando que “carisma y la tecnocracia no son necesariamente sistemas de dominación opuestos”. Analiza el discurso presidencial en que confluyen los dos elementos y estudia los enlaces ciudadanos con toda su parafernalia, donde los utiliza y se constituye en “profesor y redentor de la nación”. Especial énfasis pone en el conflicto entre tecnócratas que dicen representar al interés general con los movimientos sociales, que han sido objeto de la manipulación oficial. Es importante destacar que en un momento aclara que “El populismo, sin embargo, no tiene los mismos efectos en los sistemas políticos institucionalizados que en aquellos donde las instituciones representativas son frágiles”. Un buen ejemplo de ello fue la insurrección policial del 30 de septiembre, con sus muertos, heridos y mitos, a los que dedica un acápite de la obra.

De la Torre sostiene que “Correa se ve a sí mismo como el prócer de la segunda independencia”. Por eso ve al proceso como enfrentamiento radical entre buenos y malos. “Quienes se oponen a esta gesta heroica no pueden ser sino los enemigos de la patria y de la historia”. Por ello, luego de derrotar a la partidocracia ha arremetido contra la prensa y las organizaciones sociales y de izquierda. Cita una frase presidencial: “Siempre dijimos que el mayor peligro para nuestro proyecto político, una vez derrotada sucesivamente en las urnas la derecha política, era el izquierdismo, ecologismo e indigenismo infantil”.

El último capítulo estudia las elecciones de 2013 en que se consolida el autoritarismo de Correa. Su tesis fundamental es: “Si bien el correísmo se presentó como un proyecto democratizador e incluyente, devino en un au-

toritarismo". Y añade más adelante: "El poder está concentrado en un movimiento personalista dominado por un líder carismático". Para sostenerlo, De la Torre se apoya fundamentalmente en el recurso weberiano del carisma y en las tesis de Andrew Arato. Pero advierte que esto puede cambiar cuando las condiciones económicas sean adversas. Ahora el país parece haber llegado a ello, pero el libro no. El capítulo termina con el análisis de la elección de 2013.

Al final, el autor incluye unas "reflexiones" dedicadas fundamentalmente a establecer algunas comparaciones entre los casos y procesos estudiados y a discutir algunos conceptos. Define también algunos rasgos del populismo que son relevantes:

El discurso populista agrupa las opresiones de clase, étnicas y culturales en dos campos maniqueos irreconciliables: el pueblo que abarca a la nación y a lo popular en contra de la oligarquía maligna y corrupta. La noción de lo popular incorpora la idea de conflicto antagonista entre dos grupos con la visión romántica de la pureza y la bondad natural del pueblo. Como resultado, lo popular es imaginado como una entidad homogénea, fija e indiferenciada. Los líderes populistas actúan como si conocieran quién es el pueblo y cuál es su voluntad.

Un aspecto importante del libro es el tratamiento que da al concepto de "pueblo", cuyo contenido polisémico se analiza desde diversos ángulos. Queda claro que el autoritarismo populista asimila con un sesgo mesiánico. El pueblo se identifica con su redentor más allá de las reglas de la democracia institucional. El autor destaca que de ese modo atropella la independencia de la sociedad respecto del poder. Por mi parte añado que la "participación" en la institucionalidad vigente es una suerte de ejercicio ventrilocuo en que el Estado rechaza a la sociedad organizada y acepta solo la representación que se ha designado desde el "cuarto poder", que no es elegido, y hace lo que el poder único le dispone. Hay una negación constitucionalizada del derecho a la representación de la sociedad a través de sus propias organizaciones representativas. La organización de la sociedad debe ser promovida, respetada y no suplantada desde el Estado. Una cosa es robustecer lo público y otra destruir a la sociedad.

A mi modo de ver, esto no se debe solo al estilo autoritario del caudillo o a las malas influencias de sus asesores de derecha. Bastante de eso hay, desde luego. Pero lo lamentable es que no pocas medidas del régimen se han basado en una concepción de la Constitución de Montecristi que confunde la ampliación del espacio público con la estatización de la sociedad y niega la representatividad de las organizaciones sociales.

El análisis del libro podría extenderse, puesto que trata muchos y muy diversos temas, pero me parece que se debe destacar ciertos puntos. Prime-

ro, algunas correcciones históricas menores, que no puedo dejar de hacer sin traicionar al oficio. Velasco Ibarra nunca fue presidente del Congreso, como el autor afirma. Lo fue de la Cámara de Diputados, que no es lo mismo. El frente popular que respaldó al “Gran ausente” no se constituyó en 1945 como Carlos afirma dos veces, sino en 1943 y luego se concretó en la Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE), en 1944.

Luego observaré tres cuestiones de fondo. El autor sostiene que ante las crisis y la movilización, las Fuerzas Armadas fueron designadas árbitros del poder. El hecho del arbitraje, desde luego, ha sido una realidad visible, pero se ha ejercido no porque la fuerza pública fuera designada para ello por nadie, sino porque han mantenido ese carácter desde 1830 y lo han ejercido cuando la oportunidad se ha presentado. Se “golpea las puertas de los cuarteles” porque allí hay gente que desde siempre en la historia republicana oye los golpes e irrumpe en la política para “ponerla en orden” considerando que esa es su responsabilidad.

En segundo lugar, me llama la atención que el autor no hubiera dado más atención a un rasgo recurrente de los regímenes que él considera populistas. Se trata de la corrupción. Los empresarios velasquistas, los “colaboradores” del CFP y el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), el primer millón del hijo amado, el equipo de Lucio, los correístas beneficiarios del mayor auge económico y de la mayor impunidad de la historia testimonian que hay una constante de uso y abuso de los bienes públicos. Detrás de los conmitones y gritones de Velasco, o de los drones y soplones de Correa, están los ladrones que siempre han operado con las mismas mañas y subterfugios. Y eso no es una cuestión secundaria.

Por fin, no puedo menos que destacar, con el más radical sentido de autocrítica, que Carlos de la Torre acierta cuando afirma: “Parecería que la izquierda no aprendió del error de juntarse con líderes populistas”.

No puedo concluir sin destacar, como uno de los primeros lectores que fui de la obra, que está escrita con agilidad, con lenguaje sencillo y claro, sin renunciar a la complejidad y a la precisión. Felizmente, las obras de Carlos de la Torre no se parecen a las oscuras y enrevesadas elucubraciones de ciertos científicos sociales. Además, el libro está editado con los nuevos parámetros de la Biblioteca de Historia, que estrena un nuevo formato y diseño con papel de mayor calidad.

El libro es original y polémico en varios aspectos. Es de desear que por ello no solo contribuya al mejor conocimiento de nuestra realidad compleja, sino que despierte el necesario debate en estos días de agitación y definiciones.

Enrique Ayala Mora  
*Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador*